

Lecturas, libros y bibliotecas

Detrás de un libro hay mucha gente. Hablan de libros los editores, los libreros, los bibliotecarios, los ministros y consellers de Cultura. Se habla de fomentar la lectura, de unificar precios y evitar los descuentos para evitar la competencia desleal, de dotar a las bibliotecas de más fondos, no para infraestructuras, sino para invertir en libros. Pero el aumento de la lectura, la captación de nuevos lectores, el hacer de leer una actividad apasionante a cualquier edad, sólo puede conseguirse a pie de calle, asaltando directamente al lector. A esos servicios habría que priorizar también -una vez regulados por ley los aspectos económicos que puedan afectar al sector industrial- puesto que de ellos depende que todo lo demás se concrete realmente en un mayor acceso de la ciudadanía a la lectura. Algunas editoriales dedican esfuerzo, tiempo y dinero, por iniciativa propia, a ofrecer incentivos a la lectura, llevando, por ejemplo, a los autores por colegios y centros de secundaria. Los niños y los jóvenes que han leído un libro y pueden conocer a la persona que lo ha escrito, no sólo pueden disfrutar preguntando cosas sobre el texto y el oficio de la escritura. También descubren que escribir historias es un trabajo, que hay muchas maneras distintas de contarlas y que los libros son cosas normales, no sólo para unos elegidos o para los raros. Los libros los escriben personas corrientes que se lo pasan bien con ese oficio y los leen personas corrientes, que también se lo pasan bien leyéndolos. Desde hace tiempo, las bibliotecas han integrado en sus servicios actividades regulares en torno a la lectura, que la hacen aún más atractiva, y también ellas organizan encuentros entre lectores y autores.

Porque detrás de un libro, en el origen de todo, está un hombre o una mujer con vocación de contar historias, de informar, de difundir, de instruir, de entretenér. Personas que han elegido este oficio porque no quieren ejercer otro, porque a través de la escritura dan cauce a una pasión que les permite comunicarse con el mundo exterior, compartir sus pensamientos y sus vivencias, comunicar una buena parte de aquello que van aprendiendo y exponer su visión del mundo. No importa cuál sea el producto final. Tanto da si la obra es de ficción o no, si se trata de libros de texto, de cuentos para primeros lectores o novelas para lectores avezados. El autor está en la línea de salida. Sin hombres y mujeres que escriban, no existirían libros, ni editores, ni libreros, ni bibliotecas, ni tendría razón de ser esta ley que afirma, entre otras cosas importantes, que en la actualidad, se concibe la lectura como una herramienta básica para el desarrollo de la personalidad y también como instrumento para la socialización. Sin duda, la lectura nos hace personas más libres, puesto que nos da acceso a la diversidad de versiones sobre una misma realidad y nos permite pensar y establecer nuestro propio criterio. Sin embargo, pocos autores pueden dedicarse plenamente al ejercicio de este oficio. La remuneración por su trabajo no depende de su calidad, sino de que se venda. A la persona que escribe libros no se le suele considerar un factor esencial para el crecimiento y el enriquecimiento humano, tal y como la ley indirectamente asegura. Resulta chocante que se afirme que aquello que alguien escribe va a incidir de modo tan crucial en la sociedad, pero que de un autor, sin embargo, se espere que produzca, pero que se busque la vida en otra parte. A no ser que de pronto, uno de sus libros, sea cual sea su contenido, se venda mucho; un poco incongruente la teoría con la práctica.